



-**D**ejé a los encargados del banquete en la cocina, señorita Whelan. ¿Tiene todo lo que necesita? –la señora Bainbridge, nuestra ama de llaves, se acercó a la puerta principal con una bolsa de compras colgada de su hombro. Sabía que iba a ser una tarde difícil para mí.

–Sí, gracias. Estaré bien –me acomodé el vestido negro que había elegido para atender a los clientes de mi padre–. Ya hemos trabajado antes con esta compañía, ¿verdad? Si no me equivoco, son buenos.

–Muy eficientes. Sus invitados llegarán a las siete treinta. Ya dejé la bandeja de bebidas y bocadillos en el salón. El café y las mentas están en el mueble del comedor. Se lo diré a la chef y ella se lo informará a los meseros.

–Bien. Me encargaré de que todo salga bien.

La señora Bainbridge dio unos golpecitos nerviosos sobre las llaves del auto que llevaba en su bolso.

–Podría quedarme.

Parte de mí quería rogarle que lo hiciera.

–No, está bien. Le prometió a su hija que la visitaría esta noche para llevarle comida. No se convertirá en abuela todos los días. Vaya.

–Pero su madre...

–Yo... –¿yo qué? –. Me aseguraré de que esté tranquila.

–La dejé con una pila de revistas y el control remoto a su alcance. Debería tener todo lo que necesita para esta noche. Solo espero que no sea uno de esos días en que piensa que debería estar con ustedes.

–Pues si pasa, pasa. Por favor, no se preocupe.

La señora Bainbridge conocía bien los problemas de nuestra familia, pues ella misma era una savant con la habilidad de calmar las emociones. No creo que yo habría sobrevivido si papá no la hubiera encontrado tres años atrás. Le pagaba bien por su silencio, pero sé que ella me cuidaba por más razones que las simples transacciones financieras.

–Ay, niña, quisiera poder hacer más para ayudarla –me dio un abrazo rápido y un poco incómodo, pues éramos una familia formal y mi papá no aprobaba que yo tratara al ama de llaves como una madre sustituta.

–Hace más que suficiente. De verdad.

–La veo el lunes, entonces.

–Sí.

Con el estómago revuelto, la observé avanzar con prisa hacia su auto, que estaba estacionado al doblar la esquina de la casa. A papá no le gustaba que su viejo y maltratado Ford estuviera donde la gente pudiera verlo, pues podían creer que era uno de nuestros vehículos. Gainsborough Gardens, cerca de Hampstead Heath, era una linda calle de residencias

victorianas con grandes jardines y árboles maduros, el tipo de lugar que se preocupaba por las apariencias; si tenías algo menos que un Mercedes estabas rompiendo el código tácito de conducta. Yo me sentía extremadamente tentada de invitar a Angel a estacionar su camión psicodélico en nuestra entrada.

Me lancé a la cocina para ver cómo iban los preparativos. Todo parecía en orden. Le eché un vistazo a mi reloj de muñeca. Papá tenía poco tiempo si planeaba volver antes de que sus invitados comenzaran a llegar. Le mandé un breve mensaje, pero no hubo respuesta. Probablemente estaba atrapado en el tráfico. Respiré trabajosamente a través de la burbuja de pánico que se había instalado en mi pecho. No podía hacer nada. Papá esperaba que yo ofreciera bebidas e hiciera que sus huéspedes se sintieran en casa. Llevaba tres años presidiendo sus reuniones con clientes; sabía lo que había que hacer.

Mi teléfono sonó con un mensaje de Angel.

Al fin una noche libre. Marcus y yo vamos a ir al cine. ¿Quieres venir? Puedes elegir la película.

Claro que preferiría por mucho ir a comer palomitas con mis amigos, pero el deber me llamaba.

Lo siento. Hay cena.

Qué mal. Te quiero. Abrazos. xxx.

Tenía la fortuna de que mis amigos toleraban que yo antepusiera las exigencias de mi casa a ellos. Estaba consciente de que sabían que algo andaba mal, pero hasta ahora había

logrado mantenerlos fuera de la peor parte. Mi familia era tóxica y yo debía evitar que esa contaminación se extendiera.

Diviértanse. x

Puse el teléfono a cargar para no estar tentada de mandar mensajes toda la noche. Papá me había dejado claro que esa no era la conducta que se esperaba de mí. Su familia venía de dos familias tradicionales, irlandeses del lado de su padre y pakistaníes del lado de su madre. Había sido criado a la antigua, acostumbrado a que los hijos fueran obedientes, y no daba señales de cambiar de parecer con el tiempo. Siempre decía que si quería que pagara mi teléfono, tenía que seguir sus reglas.

A veces simplemente me daban ganas de cruzar la puerta y no volver. Podía verme haciéndolo, alejándome por una calle iluminada por las estrellas, dejando atrás esa cama de plumas de ganso y siguiendo el sonido de la música gitana de la canción tradicional escocesa.

*Supera el pánico. Esta noche no está tan mal. No te deprimas solo porque no puedes hacer lo que quieres todo el tiempo.*

La desesperación bajó y quedó encerrada tras la puerta de la jaula que tenía en el pecho.

*A trabajar en lo que corresponde. Ve a ver a mamá.*

Subí las escaleras hasta el primer piso donde tenía su salón de descanso y di unos golpes en la puerta.

—¿Sí?

Tras asegurarme de que mis barreras estuvieran en su lugar, entré.



–Summer –mamá no sonrió, pero me animó a acercarme más a ella. Tenía los pies sobre el sofá cama y llevaba un caftán rojo hasta los tobillos y varias líneas de collares que hacían ruido al chocar entre ellas. Con su largo cabello negro y sus dramáticas cejas oscuras, característica que me había heredado, parecía un personaje de ficción, una princesa india o una pitonisa. Eso iba bien con su historia familiar, una mezcla de irlandeses y bretones. Muchos de sus antepasados habían viajado con circos europeos, usando sus talentos de la forma más pública posible sin ser detectados. Su cuarto estaba decorado en colores rojo oscuro, con las paredes cubiertas de fotos enmarcadas de personajes de ferias eduardianas, y había toda clase de basura por todas partes, desde helechos en macetas hasta un biombo hecho de viejas postales barnizadas. Le había pedido algo bohemio al diseñador, pero a mí siempre me pareció que el resultado era opresivo y lo más lejos posible de algo verdaderamente bohemio.

Me incliné hacia ella y le di un rápido beso en la mejilla. Me tomó por la muñeca con sus manos huesudas, sus dedos se sentían como ramas. ¿No había estado comiendo bien? Tendría que confirmar con la señora Bainbridge que mamá no estuviera escondiendo su comida de algún modo como ya lo había hecho en el pasado.

–¿Cómo te sientes esta noche, mamá?

–Aburrida –sus uñas rozaron mi muñeca buscando mi pulso. Intenté mantener mis latidos tranquilos, pero la adrenalina corría por mis venas ante su respuesta. Aburrida significaba problemas.

–Tienes tus revistas... y debe haber algo en la televisión  
–mantuve mi voz tranquila.

–Nada que quiera ver. Siéntate conmigo, Summer. Cuéntame qué has estado haciendo. Casi no te veo últimamente.

Me humedecí los labios.

–He estado leyendo para prepararme para el nuevo año escolar que comienza la próxima semana.

–Estudiando –dijo, soltándome el brazo–... siempre estudiando. ¿Y qué hay de las cosas que realmente importan? Los amigos... ¿los novios?

Tenía que esconder esas cosas de ella.

–No hay nadie especial. Solo algunos amigos de la escuela, pero ya te lo he dicho... no somos muy cercanos.

–Deberías traerlos a casa, deja que los conozca.

Como si eso fuera a pasar, ni en un millón de años.

–Ya veré.

–Me siento tan vacía. Tu padre no me deja conocer a nadie nuevo.

Por su propia seguridad.

–¿Necesitas que te traiga algo?

–Déjame probar un poco –acarició mi brazo de nuevo–. Quita tus barreras por un momento. No puedo sentir nada a menos que me dejes entrar.

Ay, Dios.

–No es buena idea, mamá. Sabes lo que nos hace a las dos. Jaló frenéticamente sus collares, como un prisionero tocando sus cadenas.

–No soy una adicta. Tu padre está equivocado.

No, no estaba equivocado. Mi madre era adicta a absorber las emociones de los demás, se drogó con los sentimientos de los demás hasta que terminó por sofocar los suyos. Cuando te

atrapaba, podía extraerte todos los sentimientos, debilitándote; en raras ocasiones el daño era permanente y dejaba a la víctima vacía, sus emociones nunca regresaban. Las personas como mi madre eran los vampiros del mundo savant, por más que me doliera admitirlo. Papá me había explicado que mi mamá no podía evitarlo, que teníamos que protegerla y no ceder a su adicción aunque pareciera el camino más fácil. Si no nos manteníamos firmes, tendrían que llevársela, aunque nunca especificó a dónde, pero de algún modo siempre supe que, si llegábamos a ese punto, él lo consideraría mi culpa. Él decía que yo había nacido para ayudarlo.

–No necesitas mis emociones, mamá. Tengo que irme. ¿La señora Bainbridge te contó sobre los huéspedes?

Desestimó mi pregunta agitando sus uñas con puntas es-carlata.

–Sí, sí, banqueros aburridos y corredores de bolsa, no hay ni un solo sentimiento interesante en ellos, solo avaricia, lo cual me da indigestión –me observó, analizándome–. ¿Piensas usar esa ropa? El color no te ayuda en nada.

Ahí estaba de nuevo, la constante mella a mi autoestima. Me había tomado años descubrir lo que estaba haciendo. Quería que me enojara para que ella pudiera sentirlo.

–A mí me gusta.

–Te ves cansada.

Sí, estaba cansada, profundamente cansada de encargarme de sus necesidades.

–Estaré bien. Te veo mañana.

Se encogió de hombros y tomó una de sus revistas de brillantes hojas.

–Quizás.

–No, en serio, mañana. Por favor.

El timbre sonó y mi madre levantó la vista con una sonrisa distante.

–¿No tienes que ir a atender eso?

Sin saber si era seguro dejarla, fui corriendo hacia la puerta.

–Señor y señora Anderson, lamento haberlos hecho esperar –me hice a un lado para dejar pasar a la pareja.

–Nos encontramos con tu padre, está estacionando el auto. Nos pidió que te dijéramos que estará con nosotros en un momento –declaró la señora Anderson, una alegre colega que papá tenía en la ciudad. Nunca supe bien a qué se dedicaban, salvo que el don que mi papá tenía con los números lo convertía en una leyenda en los círculos de inversionistas. Pero a la esbelta señora Anderson la conocía mucho mejor, pues además era mi maestra de Literatura.

–¿Me permite su abrigo, señora Anderson?

–Gracias, Summer. ¿Ya quieres que empiece el nuevo curso?

–Sí, mucho. Ya he leído todas las novelas de Virginia Woolf que recomendó.

–¿Todas? –rio–. Yo sugería que la clase eligiera una o dos, pero supongo que era de esperarse que tú fueras varios pasos más allá. No olvides que si quieres aplicar para Oxbridge tienes que hacerlo en cuanto regresemos.

Colgué su abrigo en un perchero de madera en el armario del pasillo.

–No estoy segura de que eso sea lo que quiero –papá había dicho que no estaba a favor de que yo fuera a la universidad, al menos no a una afuera de Londres.



–Sería un desperdicio criminal de tu cerebro si no aplicas.

–Papá no está seguro de que sea un buen momento –los acompañé hacia la sala de estar, donde los esperaban las bebidas.

–¿Quieres decir que quiere que te tomes un año libre? –la señora Anderson recorrió la habitación pasando sus dedos sobre los arreglos florales a los costados de la mesa. A un lirio se le cayó un pétalo, así que dejó de hacerlo–. Eso es buena idea para los que necesitan madurar un poco antes de seguir estudiando, pero yo no te pondría en esa categoría.

–¿En qué categoría? –preguntó mi padre, que venía desde el garaje. Estrechó la mano del señor Anderson y le dio un beso en la mejilla a su esposa.

–La de una jovencita excepcionalmente talentosa. Estábamos hablando sobre a qué universidad va a aplicar Summer, Aidan.

Mi papá me lanzó una sonrisa desganada.

–Summer no ha decidido qué quiere hacer.

Sí lo había decidido, pero él no estaba de acuerdo con mi decisión. Lo único que no había decidido era si iba a desafiarlo.

–¿Todo está bajo control con los encargados del banquete, Summer? –preguntó, mandándome una señal de que quería que saliera de la habitación y que el tema cambiara.

–Iré a ver –crispada por la rabia que me provocaba su actitud represiva, salí de la habitación y me escondí en la cocina mientras llegaba el resto de los invitados de papá. Revisé los mensajes en mi teléfono para justificar mi presencia en ese panel que hervía de actividad mientras los vegetales se secaban en el enorme fregadero doble, los crotones se freían en la hornilla de

gas y el queso parmesano se rallaba sobre una tabla de madera. Una parte de mí sabía que tenía que irme de casa, no era estúpida ni tan débil como para no darme cuenta de que mi papá me estaba manipulando, pero la idea me resultaba aterradora. Él me culparía por cualquier cosa que saliera mal con mamá o Winter tras mi partida; diría que lo abandoné, me castigaría, me quitaría el dinero, probablemente con la esperanza de que volviera arrastrándome. El tema del dinero no era problema, conseguiría un préstamo estudiantil, trabajaría medio tiempo como los demás, pero ¿realmente quería pagar el costo de perder a mi familia por ir a leer literatura por tres años a un lugar hermoso y, lo más importante, lejos de ahí? Podría ceder, hacer lo que él quería y tomar un curso en la universidad local de Londres, tenían un excelente departamento de literatura inglesa, pero en ese caso se esperaría que viviera en casa y mi vida no cambiaría. La carga seguiría sobre mis hombros. Tiempo atrás papá solía llevar la responsabilidad, pero en cuanto cumplí diez años me consideró lo suficientemente grande y me la pasó con la excusa de que él tenía que ganar dinero para mantenernos. No estoy segura de que siquiera se diera cuenta de lo que hizo: me convirtió en la cuidadora de mi madre y, muchas veces, en su carcelera. La vida de mi padre era un desastre y una decepción para sí mismo. Estar unido a un alma gemela retorcida es como vivir con una maldición de cuento de hadas que no puedes romper. La verdad, sentía lástima por él, pero también por mí misma, por ser su hija.

La chef me estaba lanzando miradas de “qué-haces-aquí”. Creo que pensaba que no confiaba en su capacidad.

–Puede decirle a su padre que ya estamos listos para servir,



si le parece –dijo secamente–. Necesito que la puerta esté libre para que entren y salgan los meseros.

Dando una vuelta en U respecto a mi decisión anterior, puse el celular en silencio y me lo metí en el bolsillo. Arruinaba el aspecto de mi vestido, pero en ese momento necesitaba sentir que mis amigos estaban a solo un mensaje de distancia.

–Se lo haré saber.

Los ocho invitados estaban charlando alegremente en el salón sin saber de la amenaza que se cernía sobre sus cabezas y de las emociones tormentosas que se agolpaban en la garganta de su joven anfitriona. No necesitaba usar mi poder para leer sus mentes: envidia del éxito de mi padre, confusión sobre por qué nunca podían conocer a la misteriosa señora Whelan, incluso descubrí a la señora Anderson imaginándose un escenario tipo “Jane Eyre”, lo cual no estaba muy lejos de la verdad, y ansias por llegar al tema financiero, que era la razón por la que la mayoría estaba ahí.

–La cena está lista si desean comenzar –anuncié.

–Gracias, Summer –mi padre me dio unas palmadas en el hombro como muestra de agradecimiento paternal–. Para los que aún no la conocen, este es mi pequeño rayo de sol, mi hija, Summer.

Ofrecí un tímido saludo a los desconocidos.

–Es encantadora –dijo una banquera–. ¿Tienes más hijos, Aidan?

–Un hijo, pero está en la universidad –mintió mi padre. Winter en realidad estaba viviendo una existencia precaria en un departamento recién construido al este de Londres donde no había voces antiguas que lo atormentaran.

–¿Es como tú? ¿Es un mago de los números? –preguntó alguien más.

No, es un mago para atraer a otros fracasados y al peligro. Pero, claro, no dije eso.

–Desafortunadamente no –mi papá soltó una carcajada falsa–. Pero cada quien a lo suyo, ¿no? Al menos mis hijos no tendrán que preocuparse por la hipoteca de sus casas gracias a su viejo –hábilmente llevó la charla al tema favorito de elevar los precios de las propiedades.

Seguí a los invitados hacia el comedor. Las flores rosas en los jarrones en el centro se veían bonitas pero sin gracia; sentí un golpe de pesar de que no pudieran ser como los exóticos pimpollos del ramo de Crystal. Por alguna extraña razón, yo lo atrapé cuando lo lanzó hacia la multitud. Al no ver posibilidades de que yo fuera la siguiente en casarse, lo tomé como una señal de que Crystal esperaba que yo aplanara las flores y se las enviara al volver de su luna de miel en Zanzíbar. Sabía que a mí se me ocurriría un detalle como ese. Además, Uriel y Tarryn tenían planeado casarse en Colorado en el otoño, así que ya sabíamos quién sería la siguiente.

–¿Y tú qué haces, Summer? –preguntó la dama junto a mí. La señora Dupont, recordé, CEO de una firma de Internet especializada en equipo médico.

–Aún sigo en la escuela, estoy por entrar a mi último año.

–Ah. Te ves tan adulta y sofisticada que hubiera creído que tienes al menos veinte –rió un poco ante su error–. No es que te veas vieja, déjame aclarar, es solo que tienes el aire de una persona mucho mayor, una joven Audrey Hepburn, pero no debo ser la primera persona que te dice eso. Mi hija tiene más o

menos tu edad y ha tomado el camino de usar barras en las orejas y demasiado delineador en los ojos. Quiere ir a la escuela de arte.

Bien por su hija.

–Supongo que todos escogemos nuestro propio camino.

–Yo misma era un poco rebelde, así que casi no me puedo quejar, por más que sea difícil imaginarse eso ahora –sus ojos brillaron como si esperaran que notara su vena revolucionaria aún viva en alguna parte dentro de su traje ejecutivo–. No es hasta que tenemos que pensar en alguien más que nos establecemos, ¿verdad?

–Probablemente tiene razón.

–La sopa está maravillosa. Yo hago una sopa fría en esta temporada del año.

Cuando estaba por dar una respuesta pertinente, la puerta del pasillo se abrió y mi madre apareció ahí, como una rasgadura roja en la habitación blanca. El horror me dejó helada mientras mi mente daba vueltas buscando inútilmente una salida.

–Ay, queridos, no sabía que teníamos invitados –dijo con un movimiento confiado de sus brazos, como una prima donna entrando para su aria–. No, no, por favor, no se levanten. Yo misma me buscaré un asiento –tomó una silla que estaba junto a mí, quitándome de la posición de anfitriona–. Aidan, preséntame –tomó mi copa y la llenó con el vino de la botella que estaba en una hielera.

Los ojos de los invitados estaban muy abiertos por la sorpresa de la interrupción. La señora Anderson fue la primera en levantarse.

–Señora Whelan, un placer conocerla al fin. Soy Moira

Anderson. Soy maestra de su hija en St Winifred. Ella es, por mucho, mi mejor estudiante de literatura.

—¿Lo es? —mi madre miró a la maestra, descubriendo en ella a alguien que no era una aburrida banquera sino una criatura interesada en las artes, más atractiva a nivel emocional.

—Summer —gruñó mi padre como si esto fuera de algún modo mi culpa—. Señoras y señores, lamento mucho esta interrupción. Como pueden ver, mi esposa no se encuentra del todo bien en este momento y debería estar descansando.

—Ay, Aidan, tontuelo, estoy perfectamente bien esta noche —sus ojos verdes echaban chispas mientras miraban a mi padre.

—Summer, lleva a tu madre arriba.

Tragué saliva. Sus palabras eran una orden para que usara mi don para apoderarme de la voluntad de mi madre y la obligara a salir de la habitación. Esa era la parte oscura de mi poder, la que no me gustaba usar. Involucraba volverme una con la otra persona y era horrible para ambas. Probé primero usando la razón.

—Mamá, por favor, es mejor que descanses esta noche.

Me miró como si fuera un insecto que ella estaba considerando aplastar. Hacía mucho que había dejado de amarme; solo tenía espacio para el amor a su adicción.

—Yo soy la adulta aquí, Summer. Tú no me dices qué hacer.

La expresión de mi padre irradiaba furia al rojo vivo y, si no la detenía, mi madre pronto comenzaría a alimentarse de eso. Estaría completamente drogada y mi padre perdería el control. No estaba segura de qué haría él si me negaba a detener esa deshonra; mi madre no lo había confrontado mientras tenía clientes desde hacía años, así que él había dejado de esperarlo.

–No deberías preocuparte por nosotros, Aidan –dijo la señora Anderson, dejándole saber que entendían la posición complicada en la que estaba. Los otros invitados, menos involucrados con nuestra familia, no parecían tan comprensivos. Uno o dos estaban mirando discretamente sus relojes suizos.

–Mamá, ven conmigo, por favor –esta vez usé mi don y me mezclé con su mente. Conocía el patrón de su cerebro, así que, a diferencia de la primera vez, no me sorprendieron los fuertes apetitos que ahí ardían. Era un sitio de pesadillas, pero yo sabía que era lo suficientemente fuerte para controlarla en lugar de permitir que ella me controlara a mí–. Vámonos.

Ya dócil, con una expresión en los ojos que se iba convirtiendo en una calma adormilada, mi madre me tomó de la mano y me siguió como un corderito para salir de la habitación. Odiaba eso. La llevé a su dormitorio.

–Te sientes muy cansada. Quieres irte a dormir.

–Es cierto. Quiero irme a dormir –repetió, metiéndose bajo el edredón aún con ropa. Le quité los zapatos y collares para que estuviera más cómoda. Acomodé las cuentas como un nido de serpientes sobre la mesa de noche.

–Buenas noches. Te veo por la mañana.

–Buenas noches, Summer –sus ojos se cerraron. En cuanto el sueño la devoró, acallando los gritos de sus deseos, me retiré de su mente. Me sentía mareada tras llenarme de su adicción y me aferré a la cabecera de la cama. Siempre me dejaba así: asqueada, vacía, sucia de algún modo. Necesitaba bañarme para quitármelo. Papá podía encargarse él solo de sus invitados por el resto de la noche. Este carcelero terminaba su turno.